

# Desinformación

Hernán Felipe Errázuriz  
Embajador de Chile en EE.UU.

Hay al menos dos clases de medios de comunicación. Aquellos que buscan informar con la verdad y los que ensucian el papel de imprenta y desnaturalizan las ondas de la radio y televisión desinformando, distorsionando la realidad y falseando los hechos. Para hacer más profundo el daño, muchas veces hay conexión entre cierta prensa extranjera y alguna nacional para difundir las falsedades.

Cada persona tiene derecho a elaborar sus propias opiniones, pero no a fabricar los hechos; éstos son objetivos.

A los chilenos muchas veces se nos presenta como extremadamente sensibles frente a la prensa internacional, se nos acusa de sentirnos perseguidos por una confabulación inexistente de cierta prensa extranjera internacional. Ultimamente incluso se nos trata de tranquilizar, se nos dice que la campaña ha perdido intensidad, que hay mayor equilibrio en muchos reportajes sobre el Presidente Pinochet y su gestión y un cierto consenso sobre los avances del Gobierno y la incapacidad de los opositores.

Es cierto, debemos evitar generalizaciones. También hay objetividad y algunos, gradualmente forzados por la realidad, han comenzado a ser más prudentes y equilibrados en sus publicaciones.

También debemos comprender que la libertad de expresión no es fácil de ejercer, hay riesgos que asumir, los medios pueden ser sorprendidos, la crítica es propia del debate y de la

defensa de ideas y la privacidad es cada día más limitada.

Puede que no haya una conspiración formal en contra nuestra, pero la verdad es que hay una persistente deformación de nuestra realidad por un grupo importante de los medios de comunicación de los Estados Unidos.

Estoy convencido de que ningún país ni persona ha recibido tantos ataques abyectos e injustos de la prensa internacional como Chile y el Presidente Pinochet. No tengo dudas de que tan viles han sido los ataques, que han terminado por desprestigiar a sus autores. Igualmente estoy convencido de que tales ataques no reflejan el sentir ni la percepción de la opinión pública de Estados Unidos.

Quienes estamos en el exterior hemos vivido un ángulo que no es mayormente conocido en Chile: los medios de difusión más conocidos de Estados Unidos frecuentemente son instrumentalizados por el activismo político en contra de nuestro país.

Recuerdo que el 6 de noviembre de 1984, cuando se difundía en Estados Unidos— la reelección del Presidente Reagan, se publicaba —en primera página de los diarios más importantes de Estados Unidos— con iguales características, el estado de sitio, medida excepcional y transitoria adoptada en Chile, y el inicio de un nuevo periodo presidencial. En cambio, en breves líneas y en páginas interiores, se informaba del estado de sitio en otros dos

países. Simultáneamente, las tres cadenas nacionales de televisión suspendieron las transmisiones de los escrutinios electorales para informar estridentemente sobre el estado de sitio. ¿Es justo dar la misma dimensión a tales noticias mientras ignora otras situaciones similares a la chilena ocurrida simultáneamente?

No olvido cómo el Washington Post del 6 de abril publicó la muerte de 107 personas durante la misa que celebró S.S. Juan Pablo II en el Parque O'Higgins: un acto religioso que congregó piadosamente a centenares de miles de chilenos se presentaba como un episodio de asesinatos masivos. En la edición siguiente, en breves líneas casi inubicables, se rectificó la información, error "tipográfico".

Días atrás se había publicado con carácter de escándalo la compra de repuestos menores, como si fuera un comercio ilícito de armas, por oficiales chilenos en Estados Unidos.

Estamos acostumbrados a los trucos, a veces groseros. Los canales de televisión corrientemente incorporan imágenes de incidentes aislados, muchos ocurridos en el pasado, como si fueran actuales y masivos. Los chilenos entrevistados en los reportajes desde Santiago, son siempre los mismos, opositores y activistas profesionales. De los miles de cartas aclaratorias que se envían desde Chile y de las decenas que despacha el suscrito sólo unas pocas se publican. En la práctica, los partidarios del Gobierno

no tienen acceso a la prensa norteamericana ni para exponer sus puntos de vista ni para rectificar falsedades.

Se ha llegado hasta la falsificación de documentos. Se publicó una carta falsificada del Presidente Pinochet al presidente de la Junta Interamericana de Defensa, General Schweitzer, sobre el envío de tropas a Centroamérica, y otra carta del Primer Mandatario al embajador de Chile en Estados Unidos sobre cooperación ilegal con Estados Unidos.

En el primer caso, los servicios de inteligencia estadounidenses comprobaron que la falsificación de la carta y su posterior difusión correspondió a una maniobra de desinformación de la KGB. En el segundo caso, aún no se ha determinado con exactitud el origen de la falsificación, que llegó en forma anónima a la dirección de un periódico boliviano, que la publicó y de allí, a través de una agencia cablegráfica, comenzó una cadena de mentiras en diversos medios informativos hasta llegar a Estados Unidos.

Recientemente hemos pasado por otro episodio irritante. El Washington Post del 28 de octubre pasado publicó un artículo que denunciaba a Chile como proveedor de armas al gobierno sandinista de Nicaragua. Señalaba que bombas de racimo chilenas eran usadas para combatir a los rebeldes antisandinistas. Este absurdo luego fue desmentido por el vocero del Departamento de Estado, y por los propios "contras",

y se entregaron evidencias de que se trataba de bombas soviéticas. Ni los desmentidos ni nuestro reclamo han sido publicados hasta ahora por el Washington Post.

Lo grave de estas situaciones es la confirmación de la desinformación que, en el caso de Chile, proviene alternadamente desde países de la órbita soviética y, paradójicamente, también de países amigos cuyo concepto de libertad de prensa pareciera permitir la libertad de mentir impunemente.

Debemos estar conscientes de que estas acciones se intensificarán antes, durante y después del plebiscito. Cierta prensa persistirá en la mentira, el engaño, la falsificación y la exageración. El progreso del Gobierno chileno es inaceptable para una parte de la prensa extranjera, pues significa la derrota de una campaña que no ha cesado en catorce años.

Pero también debemos ser positivos y utilizar todos los espacios disponibles para difundir nuestra realidad, pues al lado del abuso hay medios responsables que enaltecen la libertad de expresión.

Por último, no debemos temer responder con la verdad al formidable poder de la prensa norteamericana. Sabemos que para cierta prensa no hay armas vedadas, ni limitaciones éticas; conocemos los riesgos y costos que han debido asumir quienes la han desafiado, pero la obsecuencia y el temor son ajenos a nuestras tradiciones.